

Y mientras que no vuelvan
Las flores de mi amante,
Estése mi cañuela
Pendiente de este sauce.

Y el hijuelo de Vénus
Que dictó estos cantares,
La mas amarga ausencia
A llorar me acompañe.

LA INOCENCIA.

DEDICADA

A la Arcadia Mejicana. ⁽¹⁾

DEDICATORIA.

¿ Con qué podrá mi musa ,
ARCADIA MEJICANA ,
Darte por tanto elogio
Las mas debidas gracias ?

(1) Hallándose el autor de misionero en la villa de S. Antonio de Tula, colonia del Nuevo Santander, en el año de 1807, dedicó las diez siguientes Odas á los poetas cuyas producciones salian entonces en los diarios de Méjico : á quienes habla en la siguiente Dedicatoria, bajo de aquellos nombres que ellos se daban en sus versos. E.

¡Oh tú, *Quebrara* amable,
Que en producciones tantas
La suave esencia quinta
De las Piérides sacas :

Y tú, melífero *Mopso*,
Que de tu lira blanda
Privaste á los que atentos
Sus tonos escuchaban.

Y tú, fogoso *Arezi*,
A quien la edad no apaga
Con sus escarchas frías
De amor la ardiente llama.

Y tú, que tras las hijas
Del gran Júpiter andas,
Aplicado, travieso
En las discretas chanzas.

Y tú, que misterioso
En cuatro letras guardas (1)
Un nombre que merece
Le publique la fama.

(1) *J. M. R. C.* Así se firmaba uno en el diario. *E.*

Y tú, *Can-azul* diestro,
Que la discordia espantas,
Al son de las cañuelas
Que te dieron las gracias.

Urbe Deoquin..... todos
Los que en el diario se hallan,
Tejiéndole á mi musa
Diferentes guirnaldas :

Con ellas ha subido
A la cumbre elevada
De Apolo, y hoy se mira
Entre las nueve hermanas.

Allá en felice vuelo
De vuestras grandes alas
Subió..... ¡milagros todos
De vuestras alabanzas !

¿ Con qué podrá , pues , ella
Corresponderos grata,
Sino con repetiros
Lo mismo que os agrada ?

Vosotros lo habeis dicho ;
Y así estas Odas vayan ,
Que alaban la inocencia
De una simple muchacha.

Ellas son , en algunas
Horas desocupadas ,
A manera de alivio
De mi tristeza amarga.

Mi musa las entona ,
Y estas altas montañas
De la villa de Tula
Repiten sus tonadas.

Los pastores en ellas
Aprenden como se ama ;
Y á serles siempre fieles
Se enseñan sus zagalas.

Escuchadlas , pastores
De la moderna ARCADIA :
Escuchadlas benignos ,
Y perdonad sus faltas.

ODA PRIMERA.

Introduccion.

Cantar de la *inocencia*
Los amables candores,
Será el mas propio asunto
De mi campestre albugue.

Musa , la que desdenas
A los sublimes hombres
Que se van á las nubes
En sus grandes transportes :

Y que solo te dignas
Animar los cantores ,
Que entonan agradables
Sus humildes canciones.

Tú , que á mi ruego fácil
Por estos densos bosques
Me acompañas algunas
Felices ocasiones :

Ahora mas que nunca
Benigna me socorre,
Porque de la inocencia
Quiero cantar loores.

Loores , que soberbios
Allá en algunas córtes ,
Desprecian los que ciegos
Su objeto no conocen.

Y tú , virtud del cielo ,
Alma inocencia , acorre ,
Vuela y dale á mi musa
Tu merced y favores.

Preséntale tu imagen
Bajo el rostro y colores
De la cándida Anarda,
Zagala de estos montes.

Y haciendo este milagro,
Verás los vicios torpes
Que arrastrándose huyen
Y en sus cuevas se esconden.

Verás en tus altares
Las mas preciosas flores
Que brotan los afectos
De nuestros corazones.

Mientras que la comarca
Te llama con el nombre
De la diosa que influye
En los castos amores.

Y la fama alentando
Su retorcido bronce,
Alegre desparrama
Tus gracias por el orbe.

Esto baste, inocencia:
Y que mi musa sople,
Que ya mi albugue suena,
Y las cabañas le oyen.

ODA II.

LA ZAGALEJA.

Érase en estos campos
Una graciosa niña,
Que nunca vió la cara
A la negra malicia.

Llevóla su inocencia
De acuerdo con mi dicha,
Por dó estaba yo en vela
De mis pobres cabritas.

En sus negros ojuelos
Que el dulce halago habita,
Y en sus purpúreos labios
Que se bañan de risa,

Se asoma milagrosa
La honestidad sencilla,
Que si esperanza alienta,
Tambien temor inspira.

Amor, que de mi pecho
Su blanda cuna hacia,
Como yo la mirase,
Despierta á toda prisa.

Y luego por el aire
Batiendo sus alitas,
Se va al tierno regazo
De la silvestre ninfa.

Ella teme cobarde
Al verle una aseua viva,
Y de su seno de ámbar
Le arranca y precipita.

Mas luego su ternura,
Superior á lo esquivá,
Del suelo lo levanta;
Y le hace mil caricias.

¿No te acuerdas, Anarda,
De las primeras vistas
Que tuvimos? ¡Ay tiempos
De nuestra alegre vida!

Huyeron..... mas dejando,
Sin aguardar nuestras dichas,
Mil motivos gloriosos
De inocentes delicias.

Porque ellos solamente
Lo caduco dominan;
No la virtud, que el alma
Sus bienes eterniza.

ODA III.

LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda
Cual por vidrieras veo
Aquella su agradable
Inocencia del pecho:

Me acuerdo lo que sabios
Decían nuestros viejos
A todos sus muchachos
En pastoriles versos.

Al son de sus zampoñas
Cantaban, que hubo un tiempo
En que bajó á los campos
Una virtud del cielo.

Los hombres que al mirarla
Nuda y de rostro bello,
El nombre de la amable
Simplicidad le dieron.

Y que amada de todos
Siempre estaba con ellos,
En sus selvas y chozas,
En sus mesas y lechos.

Y que así como el orbe
Seanima por el fuego ;
Así por ella todos
Los humanales pechos.

Pero, que vino un día
Oscuro, en que con ceño
Doble la vió el engaño,
De falsedad cubierto :

Que asustóse; y turbada,
Dejando nuestros techos,
Se fué á las soledades
De los incultos cerros,

A vivir con la humilde
Yerbecita del suelo,
Con inocentes aves,
Y con mansos corderos.

¡ Oh virtud, que en mi Anarda
Tienes como un espejo ;
Así como en la luna
El resplandor febeo !

Tú, liberal la envías
De allá desde tan lejos,
Tus mercedes y gracias,
Que ella guarda en su seno :

Donde yo cariñoso
Y rendido, te ofrezco,
Como en ara sagrada,
Mil sacrificios tiernos.

ODA IV.

LA CORDERITA.

Una mansa cordera
Tiene la dulce Anarda,
Que yo la dí obsequioso
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles
Le cuelga en la garganta,
Y un penacho le forma
De cintas coloradas.

Érase la ovejita
En la verde campaña,
Envidia de las otras,
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ ay ! un lobo fiero
Que en la noche callada
Bajó, cuando yacia
En sueño la cabaña :

Del hambre que le roe
El corazón y entrañas
Agitado, la embiste,
Y su sangre derrama.

¿Dó, Pan, estás dormido?
¿Porqué tu ronca flauta
Con siete horrendas voces
A las fieras no espanta?

Y no que Anarda triste
Hoy llora por tu causa,
Sin admitir consuelo,
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga,
Tiernísima zagala,
Que si la oveja ha muerto
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere
Con un amor sin mancha,
Como otra corderita,
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira
Que de otros montes bajan
Otros lobos, hambrientos
De otras corderas mausas.

Guárdate siempre de ellos....
De los hombres te guarda,
Que carnívoros buscan
A las simples muchachas.

ODA V.

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas
Que les cante la bella
Perspectiva que forma
La alegre primavera.

El caso es venturoso,
Pues su favor me empeñan
Lesbia, Lidia, y Anarda,
Con mil dulces promesas.

Rendime, pues, gozoso:
Rendime..... ¿Y quién pudiera
Norendirse á la instancia
De tres muchachas tiernas?

A su influjo suave
Desatóse la vena,
Y espacióse mi musa
Por la pintada selva.

Y así cantaba el cómo
Y el cuándo á nuestras tierras
Se asomaba la diosa
De la estación risueña.

Y cómo va sembrando
Sus flores por la selva,
Que por cogerlas corren
Las lindas zagalejas :

Mientras que los pastores
Con blandas cañueclas
Mil amores las cantan
Y sus gracias festejan ;

Con otras muchas cosas
Que llenaron la fiesta,
Y que aunque no son malas,
Pero que son ya viejas,

Cantaba : y luego quita
De sus doradas hebras
Lesbia un listón morado,
Y lo faja á mi trenza.

Al dedo pequenito
Una ebúrnea fineza
Saca Lidia, y al mío
Lo hace entrar á fuerza.

¿Qué hará entonces Anarda,
La dulce muchachuela,
Que mi afecto se roba
Con su simple inocencia?

¿Qué hará entonces? me mira :
Y la cara cubierta
Del color que le saca
La virginal modestia,

Se acerca titubeando,
Y una blanca azucena
De su albo pecho arranca,
Y la pone en mi diestra.

Se oye al pronto un susurro,
Como el que las abejas
En el huco levantan
De la oscura colmena :

Porque muchos zagales
Que están por la pradera,
Discurren..... como todos,
Allá con sus cabezas.

Unos, discretos votan
Por el premio de Lesbia,
Y otros por el de Lidia
Mil razones alegan.

Yo que no entro en disputas,
Huí de la contienda ;
Pero dando al de Anarda
Mi amor la preferencia :

Porque en él contemplaba
Cifrada su inocencia,
Por la que en estos campos
Mis versos la celebran.

Por ella, mas que á nadie,
Le cantaré la bella
Perspectiva que forma
La alegre primavera.

ODA VI.

LA TORTOLITA.

La tortolilla tierna
Que en jaulita curiosa
De mimbres delicados
Tenia mi pastora :

La que huérfana vino,
Por suerte venturosa,
A morar en su seno,
Como en nido de aromas :

La misma que á su dueño
En apacibles horas
Su inocencia divierte,
Y sus delicias forma :

Esta mañana, es cierto,
De la frágil custodia
Salióse, dando al viento
Sus alas voladoras.

Salióse cuando en lo alto
De las pajizas chozas
El halcon afilaba
Sus uñas trinchadoras.

Este la sigue, y ella
Revolando medrosa,
Huye; y por todas partes
Las auras leves corta.

Yo entonces preparaba
Mis flechas cazadoras,
Con que sigo á los ciervos,
Los pardos y las onzas :

Y con certera mano,
Y en nombre de la diosa
De los bosques, disparo
Una jara sonora.

Silbó el aire : y al punto
En presencia de todas
Las Napéas que iban
En séquito de Flora ,

Bajó el ave rapante
Envuelta en sangre roja ,
Y la tórtola simple
Con vida milagrosa.

Al mirar el suceso ,
Estaba como absorta
Anarda , y yo le dije
Cantándole esta copla :

« Anarda , ten presente ,
« Si sales de tu choza ,
« La malicia del mundo ,
« Tu inocencia y mi honra.

ODA VII.

EL HIJO DE VÉNUS.

Mirando la inocencia
De Anarda , y lo sencillas

Que se muestran las gracias
Que le hacen compañía :

La insolencia presume
Temeraria sus dichas ,
En el culpable goce
De fáciles caricias.

Pero , ¡ cuán engañada !
Pues mi celo la avisa
Del mal en que tropiezan
Las imprudentes niñas.

Por esto , aunque inocente ,
De las flechas se libra
Que Amor , hijo de Vénus ,
Le dispara encendidas.

Burlado este muchacho ,
Emboscábase un día ,
Cual cazador que acecha
Incautas liebreçillas.

Y oculto entre las ramas ,
De sus cautelas fia
El triunfo á que aspiraba
De la inocencia misma.

Como otras ocasiones
Tras sus corderas iba,
Buscando frescas sombras
Mi Anarda simplecilla :

Sacó la cara entonces
Amor, y la convida
Con sabrosas ciruelas,
Que allí cortado habia.

Cuando ella advierte el riesgo
De las redes que pisa,
Llama á su honor, que acaso
Ya en su zagal venia.

Libróse : y aquí es cuando
Dobladas las rodillas,
El diosezuelo astuto
De la chipriota isla,

Mirando á todas partes,
Y juntas sus manitas,
Mil puchericos forma
Que á mí me hacen cosquillas.

Y llamando á los Faunos
De aquellas serranías,

Como testigos fieles,
Su amparo les suplica.

Pero al fin de sus votos,
Y plegaria infinita,
Mezclada con un dulce
Torrente de mentiras,

La merecida gala
Al pronto se le aplica
Que se da á los muchachos
Por sus travesurillas.

Las ninfas de los montes
Que estaban á la vista,
Riendo á careajadas
La fiesta solemnizan.

Y Cupido de entonces
A mi zagala mira,
Como gato escaldado
Que huye del agua fria.

ODA VIII.

LA FUENTECILLA.

En el ameno soto
Dó suelo entrarme á ratos,

A repasar memorias
De mis pueriles años :

Hay un ojito alegre
De agua pura , manando
El humor de algun rio
Que corre subterráneo.

Jamas se le avecinan
Los sedientos ganados ,
Porque Driadadas verdes
Lo estan siempre guardando.

Al nimen del silencio
Parece consagrado ;
Y un no sé qué respira
De sueños y de encantos.

Alguno de estos dias
A su orilla sentado ,
Contemplaba lo limpio
De sus cristales claros.

Su linfa transparente
Mis ojos penetrando ,
Alcanzaba la vista
Los pececillos vagos ,

Y las pequeñas guijas ,
Que allá como en letargo
Hundidas en el fondo
Se advierten descansando.

Entonces á mi dueño
El símil apropiando ,
Por su pecho sencillo
Que nada me ha ocultado ,

Escribí como pude
En el tronco de un árbol ,
Cedro muy corpulento ,
Estos versillos cuatro :

« Anarda , si á este sitio
« Te trajere el acaso ,
« En esas aguas mira
« Tu natural retrato. »

ODA IX.

LA VÉNUS DE CHIPRE.

Vociñlera la fama
Cuenta como Cupido ,
Burlado por Anarda ,
A su madre lo dijo.

Y como allá en el bosque,
Entre espesos lentiscos
Fué castigado, siendo
Tan tierno y tan bonito.

Y que irritada Vénus
Rasgando sus vestidos,
Y dando al suelo muchos
De sus lucientes rizos:

Tres, cuatro..... y muchas veces
Con llantos y con gritos,
Juraba la venganza
Por los lagos Estigios.

Y que subiendo alcarro,
Y dejando los ciprios
Lares, á nuestras tierras
Derecha tomó el giro.

Y que en su auxilio vienen
Mil flecheros Cupidos,
Como tordos que vagan
Tras Ceres por los trigos.

Mas ¿qué importa, si Anarda
Aunque simple ha tenido
Para todas sus huestes
Un pecho diamantino?

El caso es como sueño;
Mas en verdad yo he visto
Un ejército grande
De alegres pastorcillos,

Que siguen á mi Anarda
Por los valles floridos:
Y esto encierra misterios,
Y encantos, y prodigios.

¿Pues qué? ¿no pudo Vénus
Dar allá con hechizos
La forma de zagales
A sus Amores mismos?

Y ¿para qué todo esto;
Tú, la reina de Gnido,
Y de Amatunta, y Páfos,
Y otros pueblos lascivos?

¿Para qué tus banderas,
Tu poder y dominios,
Se estienden hasta el campo
De honestos pastorcitos?

¿Para qué tanta guerra?
¿Para que tantos tiros
Preparas á una jóven
De un pecho el mas sencillo?

Pero : ¿ qué me detengo ,
Pastores , en deciros
La insolencia de muchos
Amores atrevidos ?

Una lóbrega noche
Cercaron el pajizo
Albergue de mi Anarda ,
Sus ojos ya dormidos .

Mas luego despertando ,
Y dando voces dijo :
« Anfriso , acorre , vuela ,
« Tu honor se halla en peligro . »

Y ellos , como ladrones
Al trueno fugitivos ,
Con su madre se fueron
De vergüenza corridos .

Acompañadme gratos ,
Pastores mis amigos ,
Y cantemos ufanos
Al son del caramillo :

« ¡ Victor ! ¡ Oh , victor grande ,
« Anarda , y siempre victor ;
« Que aunque simple has triunfado
« De Vénus y Cupido ! »

CONCLUSION.

Todos cantan materias
Segun sus facultades ,
Ayudados del gusto
Y primores del arte .

Y asi cantan felices
Los rústicos zagales ,
Las gracias de sus dueños ,
En que mas sobresalen .

Fabio canta de Mirla ,
En citara sonante ,
Las hechiceras voces
De sus dulces cantares .

Floridano , de Lisi
Las figuras que sabe
Diestra formar en todos
Los campesinos bailes .

Amin , de Aleja lo albo
De su mano tornátil ,
Cuando las cuerdas de oro
De su vihuela tañe .

Tambien de su Dorila
 Los ojuelos vivaces
 Canta el sabio Fileno,
 En metros agradables.

Nicandro, de Rosenda
 El aliento suave
 De olorosos claveles,
 Cuando la boca abre.

Nemoroso, de Tirsia
 El cuello, comparable
 A la nieve, que adorna
 Con sartas de corales.

Todos cantan discretos
 Segun su ingenio, y hacen
 De este modo á sus dueños
 Sugetos memorables.

Yo empero cuitadillo,
 En humilde lenguaje
 Canté de la inocencia
 Los dones singulares.

Cantélos como pude,
 Bajo el propio semblante
 De Anarda, que es el dueño
 Que por suerte me cabe.

Si acerté en los colores
 Que presentan la imágen
 De la virtud, que es propia
 De genios celestiales,

No importa que tu nombre
 Se quede en estos valles,
 Anarda, y que el silencio
 Para siempre lo guarde.

Toma mi albugue humilde,
 Y en aquel árbol grande
 Que hace fresca tu choza,
 Que penda en adelante.

Allí estará á tus ojos,
 Sin que otro amor alabe,
 Que el que nace de un pecho
 Sencillo y como de ángel.

¡ Oh, si el tiempo quisiera
 Los respetos guardarle
 Que hacen vivir por siempre
 A la virtud laudable !

Entonces él viviera,
 Y tu blando carácter,
 Aunque simple, seria
 Ejemplo en las edades.

¡ Ay! guárdente los cielos
De enemigos falaces,
Y tu alba frente ciñan
Laureles inmortales (1).

(1) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del señor Don José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, comprendió tan respetable sabio todo su parecer en esta corta, pero enérgica exclamacion: « ¿ Quién puede negar su aprobacion á estas *bellezas* tan dignas de salir al público? » — SARTORIO.

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, esclamará tambien: ¿ Quién te puede negar el tributo de la admiracion, o dulcísimo Navarrete? E.



LA MÚSICA

DE CELIA.

..... Quoniam convenimus ambo
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.

VIRGIL. EGLOG. 5.

ODA PRIMERA.

Id, mis versitos tiernos,
A la presencia augusta,
A las aras divinas
De Celia, deidad dura.

Id á sus manos albas,
A sus manos ebúrneas,
Que al jazmin hacen negro,
Y á la azucena oscura.